

«ELIAS SALABERRIA: EL HOMBRE»

Nadie podía entender a Elías Salaberría terminando su carrera artística sobre un andamio de la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, adquirida reputación por sus grandes cuadros, y haciéndose notar en los retratos y en su obra entera que empieza y concluye en él, sin saber que es vasco y que ha nacido en Lezo, en un solar fertilizado por la lluvia, con derecho de vecindad en la Universidad, guardador celoso de la lengua ancestral, todo voluntad, perceptible y dinámico, siempre batallador y triunfante.

En la infancia comienza como monaguillo, logrando que entre don Eusebio Pildain, sacerdote y coadjutor de la parroquia de Lezo, y el marqués de Cubas, comience sus estudios artísticos. Y son, precisamente, los rasgos de la niñez los que marcaron la trayectoria del adolescente y del hombre.

Hijo de un labrador-artesano, demostró para el dibujo precoces disposiciones que determinaron enviarle a la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián, para cumplir la primera etapa de la lucha por abrirse camino, y, más tarde, a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando.



Padres de Elías Salaberría

Con sus primeros maestros no sólo aprendió el estilo, y dió a sus cuadros belleza y naturalidad en el colorido, sino que atendió al sentimiento que revelan todas sus composiciones que habían de hacer que fuese por voluntad pintor de lo religioso y místico, que practicó todas las reglas de la escuela realista, describiendo en los rostros las emociones y virtudes familiares y personas que llegó a conocer.

Por eso a su primo, el P. Inchaurrendieta —que siendo chico y estudiante en Javier ayudó al pintor—, un día oyera decir a éste, «que en las Misas dominicas y cuando iba a la iglesia se distraía mirando la fisonomía de los asistentes a ella, y le abstraían las personas que aparecían al natural, sin alardes de peinados y con su atuendo sencillo y campesino».

Sabemos también por el P. Inchaurrendieta que su primo «Elías fue siempre un hombre religioso, hondamente religioso. De niño aprendió en su casa a rezar

el santo rosario, y era de los que lo rezaban a diario. Y nunca faltó del bolsillo de su chaleco la sarta de cuentas, el rosario con el que murió y hoy guarda como recuerdo su nuera Maite Ibargoyen».

«Se gloriaba el decir que en sus cuadros aparecía la cruz, y ha habido crítico que le ha llamado **pintor religioso**».

En cuanto se busca en el ambiente familiar, aparece en primer plano el padre, Juan José Salaberria, declarando el P. Inchaurrendieta que, como oficio suyo, aprendido, ejerció el de carpintero en la modalidad de **tonelero** y que «tenía además alguna cultura musical: sabía solfeo y era uno de los cantores del coro parroquial, a quien recuerdo con su voz clara, atenorada, tirando a contraalto, y cantando lo mismo en euskera como en latín, según las exigencias del momento litúrgico. En esa actitud le sorprendió su hijo en uno de sus lienzos: **El cantor de la Salve**, que Elías donó a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública... (...)... como miembro de ella el día 15 de mayo de 1944, cuando fue a ocupar el sillón que dejara vacante don José Moreno Carbonero».

A la madre, María Josefa Inchaurrendieta, su sobrino la recuerda viéndola «en los innumerables lienzos de su hijo, que se complacía en reproducirla. Buen testimonio de lo dentro que la llevaba su hijo, el pintor, haciendo valedero, mutatis mutandis, el adagio latino: **Ex abundantia cordis os loquitur** = que de lo que abunda en el corazón habla la boca, aquí, el pincel».

«Y si es verdad que el retrato de la madre suele ser la obra donde culmina la sensibilidad del artista, la de Elías está captada en los retratos que nos dejó de su madre».

«María Josefa era eso: lo que dicen los cuadros: una señora seria, modesta, religiosa, adentrada en sus quehaceres domésticos y religiosos, más que en ningún tipo de exhibicionismo». Amar, rezar, ser esposa y madre responsable, ocupándose del hogar, su santuario, tan sólo repartido con el de la parroquia que, en lo cotidiano, se sucedían misas, vísperas, rosarios y novenas, a la que se invitaba a todo el pueblo para las oraciones.

Y a propósito de los padres del pintor, declara el P. Inchaurrendieta que le dijo en cierta ocasión su primo, «que a su madre la pintaba en dos pinceladas, mientras que a su padre le costaba reflejar su genio vivo y tembloroso de sus labios».

Elías Salaberria, niño, tenía un brío tan grande que no podía substraerse a la fuerza emotiva y serena de la realidad, sin que la moderación y poder resistiesen a todo análisis. Y más que una vez el P. Inchaurrendieta ha pensado, «si respondería a ese juicio peyorativo, el desahogo que tuvo un día conmigo Elías, al enseñarme el cuadro Arribada, donde al fondo del mismo aparece un hombre, enorme de proporciones, hablando con otro, y donde, tal vez, el contraste entre los dos agiganta la figura del primero, y me decía el pintor: (...y **dirán que es un cuadro desproporcionado...**) pues es así el hombre. ¿No ocurriría otro tanto con la cara alargada que corresponde al Sr. Berasarte, el hombre que lleva el palio en la Procesión del Corpus?».

No es preciso buscar demasiado en la pintura de Salaberria para encontrar en seguida una explicación, un tanto parcial, en el carácter íntimo del artista: conocemos algunos índices de su bagage literario, que en su intento de formación estuvo desparramado sobre un entendimiento decididamente inclinado hacia el arte. Sus enseñanzas, concretas, fueron obtenidas de sus variados contactos con la vida. Estaba en posesión de una intuición que captaba cualquier fase activa en todas sus partes. Trabajador intenso y observador persistente, que tantos frutos supo obtener en sus obras, alcanzó una cultura estética poco común ciertamente.

Las enseñanzas fueron las que pudo recibir al lado del sacerdote Pildain y las lecciones del pintor Irureta, en la Escuela de Artes y Oficios, y después de Juan Martínez en San Sebastián, o la constante vigilancia que de cerca tuvo el marqués de Cubas en sus primeros estudios, continuados a su desaparición por sus hijas, la marquesa de Aldama y la condesa de Arcentales, que, en la nobleza heredada de su padre, correspondieron moral y materialmente para seguir su preparación.

Durante su formación, las vacaciones académicas de verano, como alumno de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y pensionado de la Diputación de Guipúzcoa, las pasaba en su pueblo natal de Lezo, alternando estudios en el Museo municipal de San Sebastián, favorecido por su director Pedro Manuel de Soraluce. En la misma época, pensaría en el arte clásico junto a su maestro, Menéndez Pidal, en cuya compañía iba a vijar por las altas tierras de Asturias para tomar apuntes y pintar bajo la dirección de dicho maestro, cuya labor espiritualista, que le había conducido a una fórmula propia, tomaría su manera en Salaberria inspirado en el ejemplo de pensador profundo y delicado sentimental de Menéndez Pidal, artista que comenzó apoyándose en el castizo naturalismo de la pintura de Velázquez.

Toda esa férrea voluntad sería aventada en un amplio estudio que con el pintor Antonio Martí y Alonso Colmenares compartía en alquiler en la calle de San Marcos, de Madrid, en 1905, en donde se relacionaba los domingos con artistas de la colonia vasco navarra.

Lleno de arrestos, avanzaba por el efecto de su espíritu que respondía a la casta étnica e histórica de nuestro solar, con lo que pretendía adaptarse para el cultivo del arte dentro de aquella esfera en la que se congregaba la juventud que, a pesar de su falta de historia, dentro de la profesión, deseaba elevarse en la plástica y en lo exclusivo del arte. De ahí la imagen vulnerable de Salaberria, de extracción social campesina, poco capacitado para la abstracción, para la invención, poniendo su sensibilidad rústica al servicio de la imitación de los efectos de la naturaleza. Pero el futuro pintor no podía escapar al medio; deseaba enlazar con los grandes maestros y visitar Italia para repasar a los clásicos. Precisamente, poniendo a prueba sus fuerzas, en el año 1909 opositaría en Madrid a una de las dos plazas del pensionado de la Academia de Bellas Artes de España en Roma; nueve artistas compitieron poniendo de manifiesto su obra acerca del tema «La ofrenda en la ermita», que sería el asunto reglamentario dispuesto para todos que, además de él, fueron: Hidalgo, Fuset, Penagos, Soria, Puig, Martínez Jerez, Valentín Zubiaurre y Labrada. Francisco Alcántara en «El

Imparcial» había de escribir: «El sentimentalismo, un sentimentalismo ener- vador, se ha apoderado de nuestros aspirantes...». No obstante, se había de probar que en Salaberría existían suficientes fuerzas y una capacidad de adaptación para el desarrollo artístico, porque «se le ve capaz de pintar por cuenta propia, y en sólo este supuesto y en la viril energía de los trazos de sus figuras, hay dilatado margen para esperar de él mucho».

Independientemente de nuestra interpretación, es preciso seguir haciendo referencia de lo que sabemos y que directamente se relaciona con el modo de vida de aquel mundo de su carrera: siendo fiel seguidor de la escuela española, es influido en su primer viaje a París por los artistas franceses, pintando las vivencias de su tierra nativa, con el detonante para su explosión artística que sería su lienzo maestro de «La procesión del Corpus en Lezo». El triunfo es el más importante de Madrid. Le hacen un homenaje en San Sebastián, sus amigos. Habó el exministro don Fermín Calbetón, que ocupaba la cabeza de la mesa con su profesor Menéndez Pidal, y el padre del artista. Asistieron más de ochenta comensales, incluidos Marino Tabuyo, Adrián Navas, Lizasoain, conde de Arcentales, barón de Satrústegui, conde de Almaraz, los hermanos Zubiaurre y principales artistas, pintores y críticos.

Otra villa, Tolosa, en el Café Sport, le agasaja también y al final del banquete presenta sus tamborileros y la banda **Diapson**.

El ayuntamiento de Lezo, además de recibirle el pueblo al son del **Gernikako arbola** y a los acordes de la marcha de San Juan, festejó al hijo ilustre de la tierra por su memorable triunfo en Madrid, desprendiéndose generosamente de una cantidad y solicitando al mismo tiempo, de la Diputación de Guipúzcoa, la ampliación de la misma «que seguramente ha de servir para cimentar el prestigio y los triunfos futuros del admirable pintor de Lezo».

La instancia suscrita por el ayuntamiento de la Universidad de Lezo, que comprendía la solicitud de otros municipios guipuzcoanos y el ruego de reconocidas personalidades vinculadas al país, fue atendida por la Corporación provincial que el 5 de diciembre de 1912 concedía al pintor la pensión de cinco mil pesetas anuales que había de ser prolongada dos años más tarde.

Emprenderá «un viaje a diferentes ciudades del extranjero, y en reconocimiento hacia Fermín Calbetón, que tanto le ayudó en su carrera artística, en Roma pintará un cuadro del actual embajador de España cerca de la Santa Sede». Sabemos también de su presencia en la capital de Italia, en 1913, al lado de su amigo el destacado arquitecto Teodoro Anasagasti.

Salaberría, que es uno de esos espíritus elevados siempre en tensión, será para 1914 el pintor de los personajes intensos y ecuanímenes, que tiene su estudio en un gran local de Lezo, donde ha de concluir su cuadro «Gu», como algo íntimo y exclusivo familiar, con una expresión, un color y una transparencia que atraen y seducen.

El pintor, como lo manifiesta José F. Grados, «es un soñador que comenzó su vida bajo la blusa de un obrero y hoy se envuelve en el manto soberano de la gloria con la misma sobriedad franciscana de sus comienzos. Todo en él es

accesible: desde el carácter hasta su visión moral. Y es que la palpitación sacrosanta que le blasona el alma, no le permite velos. Es un esclavo de su arte, al cual entregó nervio, carácter y esa dulce poesía que impregna a todo espíritu superior».

Ha llegado a ser pintor por su fuerte dinamismo, o, lo que es igual, por la razón de su predominio afanoso de serlo, competencia en su oficio y la mejor disposición para dar cima a su obra; cualidades resplandecientes, fulgurantes, todas, que a muy pocos se les suelen ofrecer para colmar el prestigio dichoso de una eficaz ocupación.

Sería un pintor con una gran facultad de obrar, lo cual no le permitía caer en el ocio, siendo siempre diligente y eficaz, de tal suerte que sus diecisiete producciones de valor presentadas en el salón del Orfeón Donostiarra, en San Sebastián, en septiembre de 1915, habían de afirmar la continuidad de su obra varia con la que era preciso contar al señalar lo preferente en la pintura contemporánea.

Como vasco preclaro, su nombre se escucharía por primera vez en las salas del Palacio del Retiro, con su cuadro sencillito, emotivo, de la **Procesión del Corpus en Lezo**, por el que se apreciaba toda la agitación del ánimo y, sobre todo, la sinceridad del artista, dado a sí mismo ante la Naturaleza. Todos estos modos de vivir en orden a su ocupación, y la humildad de las personas, serán sus amores.

Conocido en su tierra natal por ese hondo sentir, amigos de trato y bastante intimidad —en particular el poeta Manuel Munoa— harían alabanza de su bondad, simpatía y mirada reflexiva que ese ocultaba bajo su fisonomía de «vasco inteligente», con fondo de energía que la escondía tras unos ojos de suave vivacidad, insospechadas facultades, latentes en lo infinito de su alma que, como una flexión dilatada, difundía la intensidad de su pensamiento: Se entregaba «así a sus padres y a su patria, que es como entregarse a la madre tierra, a la causa motriz y primordial de todas las manifestaciones humanas».

El mismo Munoa opinaba: «El pasado, oscuro, es padre del presente, lleno de claridad; y procede muy bien Salaberria iluminado amorosamente con esa luz propia, el sencillito rincón de los suyos y el de su patria guipuzcoana».

Como un hijo dalgo del solar vasco en el que había brotado la herencia espiritual que desarrollaba admirablemente volvía a su patria, volvía a los suyos, haciéndoles partícipes de su contento y depositando en sus manos el hermoso cuadro «Gu» (Nosotros), de gran resonancia en las Exposiciones de Bellas Artes de Madrid y Barcelona. Solían ir expofeso a contemplarlo a su



Elicias Salaberria en sus últimos años

casa, entusiastas aficionados y artistas conocidos, pero Salaberria —según escribía un periódico en 1916 «por más espléndidos ofrecimientos que se le han hecho por dicho cuadro, se ha negado a venderlo, pues quiere conservar como recuerdo de familia, el original y únicamente ha consentido en hacer repeticiones del mismo».

M. Nelken, en la revista «Summa», dirá: «ella da —refiriéndose a la región vasca—, por fin, Salaberria, austero y concienzudo como el sacerdote de una religión estrecha y convencida».

«Para Salaberria —él mismo me lo decía hace poco—, el arte es el hombre, es la realización de un carácter; y ésta es la definición sencilla y exacta de toda su obra. Un personaje de Salaberria, es un tipo representativo de su especie; una composición suya, un trozo de esta especie, un pedazo de la tierra y de la raza».

José Fernández Grados, escribirá en Pasajes, 6 agosto 1916: «un sincero sentimiento personal, inconfundible», veremos también en el cuadro de **San Ignacio de Loyola**, que, Salaberria, accediendo a ruegos de muchos amigos, decidió exponer durante seis días, en uno de los salones altos del café «Lion d'Or», situado en el edificio del Teatro Victoria Eugenia. «Obra es ésta, de las que se presentan a grandes discusiones. Que es necesario divulgar entre el pueblo, pues San Ignacio, es una fuerza espiritual para combatir la tiranía de los insinceros —los que harán notar que la nariz de San Ignacio era más picuda que la del retrato —los que no— sirven al lado de la justicia. Pero al reino del bien le llegará su vez... (y al Santo y a su autor) les será reconocida su grandeza con el auxilio del tiempo...».

Está Salaberria en la etapa más brillante y sólida de su vida, tiene treinta y cuatro años, le gusta San Sebastián porque en la ciudad encuentra los apoyos fertilizantes artísticos, y llevado de ese impulso individualista, solitario, que le distinguía, tomaría sus modelos comunes por su afán de autenticidad. Será el País Vasco quien le da sus campesinos, su ambiente y silencio; será Guipúzcoa y su Lezo modesto el que le dará su amorosa humildad. Y en la capital donostiarra tendrá muchos y buenos amigos y toda la consideración durante su convivencia y en la actuación de la vida mundana. Nos sirve de ejemplo su nombramiento como jurado de los Proyectos presentados al concurso para la erección de un Monumento a D^a María Cristina, fallado en San Sebastián en 1917.

Por los relevantes servicios prestados a Guetaria con motivo del IV Centenario de la Vuelta al Mundo realizada por el insigne Juan Sebastián de Elcano, el ayuntamiento de dicha villa le nombró Hijo Adoptivo de ella; la credencial fue firmada el 2 de octubre de 1912, por su alcalde Juan Ucin y el secretario Ignacio Echezortu.

En la exposición celebrada con ocasión de las Fiestas Euskaras y patronales organizada por la Diputación de Guipúzcoa y el ayuntamiento de Fuenterrabía del 3 al 13 de septiembre de 1925, formó parte del jurado en el concurso de carteles murales convocados por dicha ciudad.

Aquel mismo año, además de participar como jurado en la Exposición Fotográfica de aficionados, programada en las fiestas de San Pedro y San Marcial por el ayuntamiento de Irún, esta corporación municipal se adhirió a la iniciativa de su colega de la Universidad de Lezo, encaminada a solicitar del gobierno la concesión de la Cruz de Alfonso XII para nuestro pintor.

La buena reputación adquirida por la práctica artística hizo que se le nombrase Socio de Honor del Ateneo Guipuzcoano de San Sebastián y, en 1951, vocal del Museo Nacional de Reproducciones Artísticas.

Elias Salaberria prolongaría sus estancias en Madrid, y podemos decir que esa permanencia en la capital de España no significó para el pintor otra cosa que muchísimo trabajo y la conquista de un buen modo de vida, sin que su arte flaquease al no poder beber de las fuentes puras y cristalinas substanciales, refrescando en eso que ha conseguido llamarse repercusión biológica.

Nostálgico, siguió siendo un vasco que soñaba con su tierra y que amaba especialmente su pueblo de Lezo, todo esto le ayudaba a comprender muchas cosas, porque se veía en sus obras reminiscencias del alma vasca, en parte originarias y en parte tomadas del pasado guipuzcoano en sus años infantiles y en su juventud.

No sabía lo que era descansar, salvo cuando viajaba; trabajaba con regularidad muchas horas diarias en su ático de la calle Montesa, 27, en donde se animaba por la presencia de paisanos en su estudio, en el que con gentileza mostraba sus cuadros que sacaba de los rincones, y que vueltos de espalda reposaban apartados de la vista.

Convivía familiarmente y con su primo carnal el compositor Tomás Garbizu, quien durante sus estancias en Madrid —en compañía del escritor Jesús María de Arozamena y el pintor Valentín de Zubiaurre— había de tener afable trato, «recordando los nombres y las cosas de nuestro pueblo común de Lezo, centro de devoción por su imagen milagrosa del Cristo».

Sabemos también, por su primo carnal el P. Inchaurre, que «Elias nunca fue amigo de alternar como otros pintores de su época, con toreros, artistas o políticos en cafés... Pintaba por pintar, a impulsos de su vocación, sin compromisos, y prefería hacer a solas sus Expediciones, a hacerlas tomando parte en exposiciones colectivas».

Recordaremos, desde luego, la existencia de dos mujeres en su vida: su esposa doña Joaquina Urquía Carrera, natural de Rentería, y fallecida el 30 de octubre de 1920, con quien tuvo a Elias, que casado a su vez con doña María Teresa Ibarboren son padres del único hijo, Elias de nombre también, que vino al mundo en Buenos Aires, y cuando tenía unos siete años volvió definitivamente con sus padres a España, donde estudió y terminó la carrera de ingeniero industrial en las Escuelas de Torrontegui de Bilbao; toda la familia, con su descendencia, vive en San Sebastián. Igone es hija del matrimonio del pintor con doña Ignacia Lekuona, natural de Oyarzun, y está casada con el embajador don Emilio Beladiez; siendo propietarios del lienzo del Hermano Gárate, última obra que acabó el pintor, lo vendieron —como nos informa el P. Inchaurre—

dieta—, «con el placet del Padre Teodoro Toni, Postulador de la causa del HERMANO GARATE, EL PORTERO, cuadro que se conserva en el recibidor del Santuario de Loyola».

Durante los años de 1936 a 1939, período de la guerra civil, tuvo que refugiarse el pintor en la embajada de Finlandia; seguidamente pasaría al gobierno de Euskadi, en Madrid, y de aquí a Valencia en tránsito para Francia, desde donde retornó a su querido rincón de Lezo. Pero, restringida de manera considerable su vista, hubo de ser operado de cataratas, volviendo a las excelencias de la voluntad y el poder artístico en 1940. Luego, permaneció en Madrid, donde su labor había de ser varia y rica, cultivando su arte sin detenerse en su objetivo de expresar la belleza.

Y en su constante vida de trabajo, en 1948, celebró en Buenos Aires una exposición en la que obtuvo calurosos elogios de crítica y público. Los retratos de «Don Juan» y «Don Ramiro» causaron profunda sensación y merecieron la misma cálida acogida que cuando los dió a conocer en España.

Volvió muy satisfecho de las generales atenciones artísticas y sociales que con él todo el mundo había guardado. Regresó y continuó viviendo de su pintura de un modo honrado y austero, incorporado en Madrid con individualidad y distinción, viendo lo que no podía ya evitar; los sucesos de los grandes cambios que las normas plásticas venían experimentando en aquel tiempo.

El ilustre guipuzcoano había de morir el 14 de julio de 1952 fuera de su tierra, pero su recuerdo ha quedado para siempre entre nosotros.

Las partes interesantes de su personalidad serían las de un hombre profundamente religioso, inteligente y pensativo que descollaba entre los artistas de moderación y silencio que aplicaba —sin más apasionamiento que encontrarse a sí mismo una actividad en la búsqueda de toda misteriosa intensidad.

— JULIAN MARTINEZ RUIZ —
«Salaberria» (1990)